hubieran pronto conducido á los primeros honores de la guerra, y elevádolo no menos como general que tribuno.

Organizacion casi completa y única en su genero, Mirabeau puede ser considerado como el mayor orador, y el político mas consumado de su época. Seguramente hubiera sido no menos gran ministro, pues reunia en su persona el tino de los negocios, el conjunto y acierto en los sistemas, la paciencia en los pormenores, el conocimiento de los hombres, la vision del porvenir, la fertilidad de expedientes, la afabilidad de modales, la energía de la voluntad, el instinto del mando, la confianza de la nacion y la universalidad de la nombradía.

Mirabeau y Napoleon fueron, relativamente al tiempo en que han figurado, y á la especialidad de sus trabajos, los que mas han contribuido á organizar la Francia moderna; pues el primero ha constituido la Revolucion y el segundo el Imperio.

Por último Mirabeau fue el hombre á quien como á ninguno hubiera sido dado, si vivido hubiese, destruir y edificar, habiendo sido el mas apto á ambas cosas por el poder de su genio y la perseverancia de su voluntad.

No que pretendiese este hombre sin igual volver á levantar lo abatido, pues bien sabia que no se reedifican nuevos edificios con las ruinas de los que fueron, y como él mismo decia: «Un cuerpo «gangrenado no puede ser curado llaga por llaga, ulcera por ul«cera, sino exige una trasfusion de nueva sangre;» y con nueva sangre no se rejuvenece el anciano decrépito, sino se forma un hombre nuevo, en otros términos, otro hombre.

Y sin embargo Mirabeau buscaba solícito y se afanaba para cimentar la alianza, tan inútilmente buscada desde entonces, de la libertad con la monarquía, queriendo que esta conservase todas sus condiciones de duracion y poder, al paso que, por una inconsecuencia extraña, profesaba máximas republicanas y admitia medios revolucionarios.

Tal vez no notaba esta contradiccion, tal vez lisongeábase de armonizar los términos contrarios; por lo cierto es que su proyecto era efectuar esa amalgama, esa fusion, esa quimera, por el parlamento y fuera de este.

A este efecto decia en la Asamblea constituyente en su idioma pintoresco:

«No somos salvages que llegan desnudos de las orillas del Ori«noco para formar una sociedad, sino una nacion caduca, y muy «caduca, con un gobierno preexistente, una monarquía arraigada, «y preocupaciones inveteradas; cosas todas que conviene aco«modar con la Revolucion, evitando el peligro del salto.»

Trató de reparar con su veto el bajel regio que naufragaba, sin observar que, con la realidad del veto, y bajo un rey hereditario, la soberanía del pueblo no es mas que un nombre, una sombra; y que, con la ficcion del veto bajo una Constitucion popular, la autoridad del monarca tampoco pasa de un nombre y una sombra; pues importa, y es indispensable, que la soberanía resida en un lugar ú otro, y, siendo por naturaleza una é indivisible, no puede descansar á la vez en dos cabezas diferentes. Así es necesario que toda persona cuerda elija y se pronuncie, convencida que de dos voluntades iguales é independientes no puede resultar armonía sino guerra; ahora bien la guerra es el combate, y el combate acarrea forzosamente la muerte de uno ú otro de los combatientes.

El veto absoluto del príncipe implica que este gobierna, porque es gobernar hacer lo que se quiere, y no hacer lo que no se quiere.

El veto suspensivo del príncipe arguye que este reina y no gobierna, pues no es gobernar hallarse obligado á ejecutar lo que no agrada.

El veto del príncipe, en una monarquía constitucional, no es mas que el veto de los ministros; y, como en esta forma de gobierno, los ministros responsables son dependientes del parlamento, de cuyo seno emanan, en cuyo seno vuelven á confundirse, recibiendo accion de la Asamblea y ejecutando en su nombre, resulta que tanto ellos como sus sucesores deben ceder al influjo parlamentario.

Toda esta cuestion se reduce en la actualidad á algunos puntos muy claros, tales como estos:

La denegacion del impuesto pone en definitivo todo el poder en manos del denegante; el veto suspensivo es, si se quiere, una segunda Cámara; la disolucion del Cuerpo legislativo, es la apelacion de los ministros al pueblo, la contra-fuerza del veto persistente es la Revolucion.

Mirabeau tuvo algunos presentimientos de esta especie de monarquía, fuese efecto de un conocimiento anticipado del porvenir, fuese inspiracion de su ambicion; pero hubiera debido, ante todo, constituir el ministerio en sus relaciones con el parlamento, con

tino y cordura, y afianzar estas relaciones de un modo duradero. No pudiendo los ministros presentarse personalmente en el local del Cuerpo legislativo, ni tomar asiento entre los diputados, ni exponer, ni analizar, ni preguntar, ni explicarse, ni defenderse verbalmente, limitaron desde luego, y mas adelante casi cortaron su correspondencia por mensages con la Asamblea. El poder ejecutivo que en Francia sobre todo debe estar siempre al frente, llegó á ocultarse, perderse, y ponerse de rodillas ante la legislatura. Los ministros ausentes, impotentes, sin vida, sin brillo, sin iniciativa, sin movimiento propio, y aun desprovistos de fuerza prestada, abandonaron la victoria á las disputas de los partidos; y en vez de cubrir al monarca como su guardia de honor, se parapetaron detras de su persona, dejando al príncipe luchando solo, y á cuerpo descubierto, sin mas ayuda que las intrigas y rencores de sus adherentes contra una asamblea rival, que cercenó uno despues de otro todos los privilegios anexos á la dignidad real, y acabó por devorarla.

Pero, siendo indispensable que el gobierno exista en alguna parte, pasó á la Asamblea constituyente, y la comision de los informes y pesquisas, dió, andando el tiempo, orígen á las formidables comisiones de la Convencion.

No admite duda que los envidiosos de su fama hubieran querido excluir del ministerio al gran Mirabeau; pero independientemente de esta causa, la Asamblea constituyente, por necesidad, por la ley de su posicion, por la fatalidad de su objeto, por la lógica invencible de sus principios, por la ciega resistencia de sus cortesanos, debia querer para sí y tan solo para sí la permanencia, unidad y omnipotencia. ¿Quien osará condenarla? La razon providencial de una revolucion no es la razon de une sociedad normal.

Mirabeau, vencido por la desconfianza de la Asamblea en lo tocante á la cuestion del veto, volvió á desplegar nuevo vigor en la cuestion de los ministros; pero, á pesar de los esfuerzos maravillosos de su elocuencia y dialéctica, sucumbió despues de la lucha mas porfiada. En vano propuso un banco en la Asamblea para los consejeros de la corona, ó la compatibilidad de la diputacion con el ministerio; sus enemigos, bajo el pretexto de la independencia de la Asamblea y desprendimiento propio, se negaron á admitir la proposicion: medida desacertada, falta irreparable. A excepcion de la Constitucion misma, que debe considerarse como

anterior y superior al monarca y sus agentes, y consecuentemente fuera de todo debate ministerial, todo en una revolucion, hasta la legislacion es medida de urgencia, policía, reglamento y administracion. ¿Cómo es pues posible excluir el gobierno de las materias de gobierno? ¿Cómo privarse del conocimiento de los hechos, obstáculos é incidentes de cada momento? ¿Cómo separar la fuerza que aplica de la fuerza que manda, y cuyos vínculos y unidad constituyen la sociedad política? ¿Cómo confinar el ministerio en las antesalas del poder, cuando debiera ocupar en la Cámara el sitio principal, poseer la respuesta verbal, la concurrencia de la iniciativa y la integralidad de la ejecucion? ¿Cómo imponer una responsabilidad justa y formal á ministros que no pueden ni discutir, ni aun saber que va á discutirse? ¿Cómo privar á los ministros de la diputacion, cuando entre todos los empleados, debieran ser los únicos á quienes, sin mas condicion, debiera ser permitido este honor, ó á quienes á lo menos debiera ser libre la entrada de la Asamblea como ministros, así como la facultad contradictoria del debate?

Mirabeau resolvió entonces buscar fuera del parlamento un apoyo y fuerza contra este. ¿Pero porqué se paró de repente en la rápida é inclinada pendiente de la Revolucion? Tal es la cuestion que tan á menudo se oye. ¿Espantábale acaso el estruendo y violencia de su carrera? ¿Pretendia salvar la libertad de sus propios extravíos poniéndole un freno y riendas? ¿Retoñaron tal vez, y á pesar suyo, las preocupaciones de su educacion, familia é hidalguía? ¿Habia concluido con la corte un pacto secreto de corrupcion? ¿Deseaba una monarquía templada, purgada de feudalidad y favoritismo, un rey y dos Cámaras, una trinidad constitucional? ¿O bien, harto y cansado de las agitaciones de la tribuna, apetecia las del ministerio? ¿Abrigaba por último la ambicion de gobernar la Asamblea y la Francia bajo un monarca impotente y nominal?

La posteridad dará, ó tal vez no podrá dar la solucion de este problema inexplicable para nosotros.

No falta quien opine que Mirabeau conducia á sus colegas á cometer excesos, crímenes tal vez, para castigarlos despues de haberlos cometido; intento infernal y digno de Maquiavelo, inmoralidad pública que excitará siempre la indignacion de las almas rectas, mancha indeleble sobre la memoria del gran tribuno, si probada fuese semejante acusacion.

Lo que está demostrado es que Mirabeau, con la fuerza descomunal de un Hércules, se esforzó, pero muy tarde, en contener el carro lanzado de la Revolucion. Tenia en su estrella esa fe algo supersticiosa de los grandes hombres, y creia que la flecha que el aire hiende en vuelo rápido, puede pararse antes de haber llegado al objeto; él solo queria servir de blanco á los tiros de sus contrarios; y ya se aprestaba con energía sobrenatural, á volver á principiar su lucha de gigante, cuando de repente le abandonaron las fuerzas y se apagó su vida como la monarquía cuyo luto llevaba (1).

Con tan alarmante noticia constérnase Paris, acude el pueblo, entra, prorrumpe en llantos y lamentos, en torno á Mirabeau moribundo, de Mirabeau difunto, contemplando angustioso y desesperado el cadáver del atleta infatigable que yace á sus piés. En vano lo palpa y busca aun en el cuerpo frio un resto de vida; frenético quiere abrirse las venas para reanimar su vida; quiere apretar esas manos heladas que tantas veces lanzaron los rayos populares; se unce á su carro y arrastra hasta el Panteon sus restos funerales con la pompa y apoteósis de un rey.

¡Mas ay! Ya no debia volver á resonar la voz del tribuno, cuyos ecos se prolongaban, como el bramido del trueno, de columna á columna, en los magníficos peristilos de la Revolucion; esa voz política que habia proclamado los principios de la Constitucion francesa; esa voz de orador que, en la remota antigüedad, hubiera

(1) Apenas se supo que Mirabeau se hallaba en peligro de muerte, cerráronse los tribunales, cesaron las fiestas, llenáronse las calles, y todo Paris manifestó la mayor inquietud. Hubo hombres del pueblo que pidieron que se les abriese las venas para que con su sangre, se hiciera en Mirabeau la operacion de la transfusion; otros se torcian los brazos de desesperacion, tanta era la exaltacion de los ánimos.

Entretanto el ilustre enfermo, postrado repentinamente por un mal desconocido, veia acercarse la muerte con la mayor serenidad, y, hasta el último momento, guardó la conciencia de su poder y renombre. Próximo á espirar, dijo á su criado: « Sostén esta cabeza la mas fuerte de la Francia. — ¿Qué « epitafios, decia tambien, colocarán sobre mi tumba? »

La Asamblea constituyente, seguida de una inmensa muchedumbre, llevó triunfalmente su cuerpo al Panteon á la luz de mil antorchas. Mas adelante un decreto de 1793 mandó echar un velo sobre la estatua de Mirabeau, hasta que fuese rehabilitada su memoria. Despues, una noche, dos agentes de policía pusieron su cadaver en un saco y lo sepultaron en Clamart, lugar reservado únicamente en el dia para los ajusticiados, entre cuyos restos se mezclaron y confundieron los del célebre tribuno.

conmovido con poder irresistible, las naciones, ciudades y reinos. ¡Oh popularidad veleidosa! Un negro crespon ocultó las estatuas erigidas á su memoria, como un velo oscuro cubre el rostro de los parricidas; ese pueblo entusiasta y voluble, que habia querido sacarse la sangre para trasmitirla á las agotadas venas de Mirabeau, ese pueblo que, en triunfantes brazos, habia llevado sus restos á la cúpula del Panteon, debia pronto maldecir su ídolo y escupir en su memoria; ese Panteon al cual la nacion agradecida habia confiado su glorioso cadaver, debia arrojarlo de su seno, cual despojo de baldon.

Y el moribundo tribuno, que reclinado en su lecho mortal, soñaba la gloria de la posteridad, pidiendo á sus desconsolados amigos epitafios para su sepulcro, ¡qué suplicio hubiera sido el suyo si hubiera podido adivinar que, en una noche lóbrega, y á la vacilante luz de un hachon, serian arrancados sus huesos del monumento en que reposaban y arrojados á la huesa comun de los criminales. ¿Donde están los epitafios fastuosos que se habia prometido? ¿Donde encontrar, y como reconocer la cabeza de ese gran Riquetti en medio de tantos trozos sangrientos y tantas cabezas cortadas por el hacha del verdugo? ¡Oh vanidad de nuestros sueños! ¡Oh miseria de las grandezas humanas!